

OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SR. DR. D. FR. FRANCISCO DE SAN BUENAVENTURA
TEJADA DIEZ DE VELAZCO
1745-1752.

El Illmo. Sr. Dr. D. Fray Francisco de San Buenaventura Martínez de Tejada.

I

La misteriosa mendiga.

Es tal el renombre que el Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Fray Francisco de San Buenaventura Martínez de Tejada Díez de Velasco dejó de sí en el país, que el pueblo de Yucatán no separa su recuerdo legendario de las maravillas que por tradición se cree que precedieron á su venida y le acompañaron hasta el fin.

Dicen que se acercaba el invierno del año del Señor, 1730, y alboreaba, como con dificultad, la fría mañana del primer sábado de adviento, cuando junto á la portería del convento de franciscanos recoletos, situado en un cuartel de la espléndida ciudad de Sevilla, y conocido bajo el título de «Nuestra Señora de Lóreto,» se veía mal abrigada á una pobre peregrina en ademán de acuitada pero paciente espera. Nadie la conocía, pero cualquier curioso observador que en ella hubiese fijado la mirada, habría descubierto por entre el nada rico vestido que la cubría, la digna majestad de una noble y gran señora, caída empero, sin duda, al embate de una tempestad de siniestros acontecimientos, en las tristes estrechuras de la indigencia.

Ella esperaba, en efecto, en la portería del monástico albergue al Reverendo Padre Guardián del mismo, Fray Francisco de San Buenaventura, cuya gran sabiduría y cuyas grandes virtudes, aparte de su elevada alcurnia, pues era hijo de la noble casa de los Martínez de Tejada Díez de Velasco, le habían hecho digno Superior de los más rígidos y observantes monjes de la seráfica Provincia de Andalucía, apartados del mundo en la recolección de Loreto, y quien apareciendo derrepente de las silenciosas bóvedas de aquella morada de santos, habría pasado sin percatarse de la presencia allá de la peregrina, si ésta no se le hubiese pues-

mosnero), para beneficio de los míseros vergonzantes de dentro y fuera de Sevilla.

El caritativo monje se preocupaba extraordinariamente de lo que con severidad acusaba en sí propio como de un gran descuido, de un punible abandono del interés que siempre debía tener por los menesterosos, y que había ofrecido al Señor y á la Inmaculada Virgen. Por esta causa, la fisonomía de la misteriosa mendiga estaba cada vez más profundamente delineada en su fantasía, pareciéndole continuamente que la miraba con aquel modesto vestido, con aquel especial tocado con que la había conocido, y pareciéndole que aun estaba admirando de cerca la majestad del sufrimiento y de las demás virtudes de su corazón, y cuya plácida luz se dejaba reflejar en toda la expresión de su semblante y de su palabra.

Todo lo que tenía con ella alguna relación, se le ofrecía de relieve, por manera que se quedaba muy á menudo reflexionando, cómo ella se le había presentado en el santo tiempo de adviento, y en un sábado, día en que más particularmente consagraba las limosnas que hacía, á honor de la Virgen María, cuya tierna devoción profesaba de lo íntimo del alma, principalmente considerando á la augusta Madre de Dios en el misterio de su Concepción Purísima y en el título del Santísimo Rosario, y así era también cómo y por qué, hasta la única moneda, que tenía de reserva en aquella ocasión en una tosea gabeta, y con que había socorrido á dicha mendiga, se le había quedado tan grabada por su forma en la memoria, que parecía tenerla ante los ojos, con el busto y sello del anverso y del reverso, con la fecha y lugar de su acuñación, estando seguro de que la conocería clara y distintamente, aunque se la presentaran confundida con otras muchas al parecer enteramente iguales.

Varon de Dios, hombre de oración, severo para consigo mismo, afable y dulce para con los demás, austero, penitente, Fray Francisco de San Buenaventura, día con día presentaba al Señor el holocausto de sí propio, pidiéndole con ansia fervorosa que se dignase disponer de sus labores, y de su vida, y de su sangre toda, no sólo en Andalucía, no sólo en España, no sólo en Europa, sino en cualquiera parte del orbe, aunque fuera en el remotísimo y Nuevo Mundo que, sobre dos mil leguas de distancia,

habían descubierto Colón y sus compañeros, y donde hacía dos centurias que se derramaban sin cesar los sudores de los misioneros apostólicos, en beneficio de millares de almas, para quienes aún comenzaba á rayar la aurora de la fe y de la civilización.

El Señor aceptó el sacrificio.

El Rey de España, que á la sazón lo era Don Felipe V, necesitó presentar al Soberano Pontífice un Sacerdote de abnegación la más perfecta, y de celo el más ardiente por el bien de las almas, á fin de que realizada su frente con el esplendor de la Mitra, y colmado su espíritu con la plenitud de la gracia sacerdotal en la dignidad suprema del Episcopado, empuñase el cayado pastoral, y fuese más allá del océano, esto es, viniese aquí á la India Occidental, aquí á las inmediaciones del Seno Mexicano y Mar de las Antillas, á dar eficaz impulso á una de las nacientes Iglesias.

Fijóse para esto el Rey católico, como por una inspiración de Dios, en el austero Superior de los recoletos de Andalucía, en el monje asceta y gran padre de los pobres, en el Reverendo Padre Fray Francisco de San Buenaventura Martínez de Tejada Díez de Velasco, que aceptado por el Soberano Pontífice (1734), fué consagrado y constituido Obispo Titular de Tricalí y Auxiliar de Cuba y la Florida, correspondiente entonces aún esta última al dominio español.

Él había nacido de ilustres padres en la misma ciudad de Sevilla el año de 1689, y habíase dedicado con angelical pureza, á preparar su espíritu para el estado monástico desde muy temprana edad. Apenas llegado á la adolescencia, tomó el hábito de San Francisco, y pronunció, después de un edificantísimo noviciado, los solemnes votos de la profesión religiosa en el monasterio de San Pablo de la Breña. Hizo buenos y sólidos estudios, graduóse de Doctor y Maestro, fué Lector sucesivamente de filosofía y teología en dicho monasterio, y yá siendo, como queda dicho, Guardián de «Nuestra Señora de Loreto,» fué promovido á la dignidad episcopal, pasando en seguida al desempeño de su apostólico destino, aquí muy cerca de Yucatán.

Al despedirse para siempre el Mitrado de sus patrios lares, tuvo por perdida la esperanza de volver á encontrarse con la misteriosa peregrina, que tanto le preocupaba, por no haberla podido socorrer cuanto hubiera sido conveniente. Mas consolá-

bale la idea, de que al fin venía de hecho, á sacrificarse por tantos pobres, en las dilatadas regiones y grandes islas del Nuevo Mundo.

Empero, la noble y singular mendiga le había predicho, que otra vez habían de verse entrambos; le había asegurado que él llegaría á ver con sus propios ojos la pobre barraca, el mísero hogar que de palacio le servía á ella y al hijo querido de sus entrañas. Y al proferir ella tales palabras, el santo Obispo de Tricalí recordaba, que el timbre de la voz, el gesto, la mirada, todo tenía tal y tan inefable misterio, que sin saber por qué, nunca, aun cuando más lo había procurado, habían dejado de estar como resonando en sus oídos, aquellas palabras, no como una vulgaridad, sino como si fueran una verdadera profecía, y como si estuviesen ligadas con todas las más graves circunstancias de su vida.

III

El hogar de la mendiga.

Si el Venerable Sr. Tejada subió tanto en la perfección de espíritu como simple monje, queda á la consideración del lector, cuánto adelantaría por la cumbre de todas las virtudes evangélicas, cuando ya colocado quedaba, para dar luz al mundo, sobre el candelero de la Iglesia. Baste decir, que el Obispo Auxiliar no volvió la cara atrás, y que por diez años consecutivos luchó en los combates del Señor, y trabajó sin descanso en la mística mies, huyendo los esplendores de Príncipe de la Iglesia para sólo reservarse las espinas de su corona y el peso de su cruz.

Edificó á sus expensas la Iglesia de San Agustín de la Florida, donde él habitualmente moraba, llevando una vida rigurosa (como si no hubiera dejado de ser el humilde recoleto de Nuestra Señora de Sevilla) y de donde salía á recorrer con apostólica diligencia, todos los lugares encomendados á su vigilancia pastoral.

Y aún extendió más allá su celo, porque aprovechándose de las favorables circunstancias de uno de sus viajes, en el primer año de este apostolado, al pasar navegando de la Florida á la Isla

de Cuba, tocó á nuestra Península por el mes de Marzo de 1736, (1) y suplicado á la vez que autorizado por el Ordinario local Illmo. Sr. Dr. D. Francisco de Matos Coronado, predicó la divina palabra, administró diferentes ocasiones el Sacramento de la Confirmación, y dejó, sobre todo, remarcable y grato recuerdo de sí en esta ciudad de Mérida, el viernes 11 de dicho mes, por haber subido á las cinco de la tarde, á la altísima torre derecha de la Santa Iglesia Catedral, á consagrar solemnemente la campana mayor, cuyo robusto tañido debe por esto, traernos á la memoria el nombre del célebre consagrante. Reembarcóse el día 21 de Abril subsiguiente en Río-lagartos con dirección á la Habana, llevándose en verdad, todas las simpatías de nuestros piadosos abuelos.

Diez años después, este Obispado logró por su Pastor al que antes sólo había recibido como ilustre huésped, porque habiendo quedado vacante esta Sede, por fallecimiento del Illmo. Sr. Dr. D. Fray Mateo de Zamora y Pénagos, acaecido el 9 de Agosto de 1744, en la entonces villa, hoy ciudad de Valladolid (Yucatán), la Silla Apostólica dignamente ocupada por el gran Benedicto XIV. designó por Obispo de la Diócesis, á petición del Rey Felipe V en 1745, al dicho Venerable Illmo. Sr. Tejada, desligándole por Bula de 10 de Septiembre de dicho año, de la Iglesia *in partibus in fidelium* de Tricalí, y de auxiliar de la Florida y la Habana. Tomó posesión aquí de su nueva Sede el día 15 de Junio de 1746.

Emprendió, como uno de sus primeros actos, la visita pastoral de la extensa grey, y cuando se encontraba practicando la correspondiente á la villa y parroquia de Hunucmá, al occidente de la ciudad episcopal, rumbo á la costa, renacieron en su alma, sin saber por qué secreto misterio, las más vivas reminiscencias de la misteriosa peregrina de Loreto en la madre patria, cuya promesa relativa á un nuevo encuentro, hacía entonces como unos catorce años que había sido hecha, sin haberse llegado á cumplir.

Despachado casi todo el expediente de la visita en la villa, no quiso cerrarla sin antes haber visitado todos los lugares dependientes del curato, por más que le habían dicho que eran rui-

(1) No fué en 1735 como antes creíamos el tránsito del Sr. Tejada por Yucatán, sino en 1736; ni fué en la Sede Vacante sino estando en la Diócesis el Illmo. Sr. Matos Coronado. Estas noticias las descubrimos ahora posteriormente en el archivo de nuestra Secretaría.

to al frente como lo hizo con resolución, pero llena á la vez de profundo respeto y graciosa modestia.

Él lleva los ojos enteramente inclinados al suelo, demacrado el rostro, austero el semblante, pero dulce al par que grave toda la religiosa fisonomía: su estatura era alta aunque algo encorvada, el color de la tez blanco aperlado, espaciosa la frente, penetrante el mirar, si bien casi velado por unos párpados finos orlados de grandes pestañas, que sólo se alzaban para lo muy preciso; nariz aguileña, muy aguileña, labios delgados, y acompasado sin afectación el andar. Llevaba el hábito de su orden, color gris, y sin ser joven ni viejo, patente dejaba que su edad era á lo sumo de cincuenta años, debilitados sin embargo, por el rigor de la penitencia.

—Padre mío, le dijo la peregrina, perdonadme si soy importuna. De muy lejos he venido, obligada del estado ruinoso en que se encuentra mi pobre hogar, en demanda del auxilio que las gentes caritativas, como vos, pueden proporcionarme para su reconstrucción. A todos llamo en mi socorro; pero á vos, Padre mío, más en particular, de suerte que sólo por vos he venido hasta aquí. ¡Ay! mi palacio es una cabaña; considerad que mi noble y tierno hijo (es de advertir que soy madre y viuda), está junto conmigo en aquella mísera choza, casi á la intemperie. Considerad también, que padecemos los tormentos del hambre, de la sed y de la desnudez. ¡Padre mío, pidoos, pues, una limosna por el amor de Dios!

Esta plegaria oprimió el generoso pecho del santo Guardián, porque deseando tener cuantiosos tesoros para repartirlos á los necesitados, y mucho más para darle en aquella ocasión á la suplicante matrona, que de lejos había venido en directa demanda de sus auxilios, se encontraba, sin embargo, en realidad, sin cantidad alguna disponible, porque constantemente distribuía todas cuantas limosnas llegaban á sus manos. Comprendía que la menesterosa viuda que delante de sí tenía, era la heroína de alguna gran historia de dolor, y que no podía consiguientemente bastarle para el caso, una mísera y vulgar limosna. Mas la propia señora comprendió todos estos interiores y caritativos afanes del buen monje, y antes que éste hablara, ella le sacó de apuros, apresurándose á decirle con acento de singular dulzura:

—Padre mío, hoy sólo quiero de vos una limosna cualquiera, con la promesa de socorrerme después más largamente, ó como podais; porque yo os aseguro que otra vez hemos de volver á vernos: yo os aseguro que contemplaréis con vuestros propios ojos el estado lamentable de mi humilde choza, y que entonces sabréis toda mi historia, y haréis por mí todo cuanto os inspira la santa caridad que en vuestro pecho arde. Estad persuadido que yo quedo muy satisfecha y muy agradecida de vos, por cualquier cosa que ahora me diereis, porque tomo además como hecho para mí, todo cuanto diariamente sé que practicais á beneficio de los pobres.

—Señora, contestó el Sacerdote, yá que tan bondadosa os ha hecho la gracia de Dios Nuestro Señor, seguramente por el mérito que encuentra en vuestros mismos sufrimientos, confío en que sin desdeñar, recibiréis ahora la pequeñez de mi auxilio, ofreciéndos empero, que en otra ocasión he de hacer en beneficio vuestro, todo cuanto más pueda y vos mereceis. Yo soy pobre, y solo cuento con las limosnas que se me dan para distribuir.

Así dijo, y haciendo ademán de que fuese por un momento aguardado, retrocedió hacia su pobre celda, volviendo en seguida á presentarse llevando en la mano un peso fuerte de cuño español, única moneda que por entonces tenía, y que alargó á la discreta mendiga, quien habiéndola recibido y significado su gratitud, hizo un cortés saludo y se retiró.

II

El Mitrado.

El tiempo corría. Pasáronse los meses y aún los años sin que el Guardián de Loreto volviera á saber nada, absolutamente nada, de la misteriosa peregrina.

Yá se arrepentía de haber descuidado tomar nota de su nombre, y de la provincia y ciudad en que moraba, para poder enviarla parte de los socorros, que no raras veces, familias acaudaladas y piadosas ponían en sus manos (como en las del mejor li-